

# Los médicos de la Armada Española y su labor en Cuba

Por el Dr. Rodolfo Tro

**D**URANTE siglos se ha explotado contra España el lugar común del atraso de las colonias españolas en América. Este menosprecio, que siempre ha herido nuestras fibras más sensibles, requiere una revalorización amplia, profunda y sincera que ponga las cosas en su verdadero sitio y muestre las numerosas realizaciones coloniales de que la Madre Patria puede y debe sentirse orgullosa.

La medicina cubana ha alcanzado un alto nivel científico que la hace comparable con la de la mayoría de los países civilizados, en muchos casos muy ventajosamente para nosotros, pero este alto nivel no se ha alcanzado de repente, ha sido no sólo obra de los médicos actuales, sino también y en gran parte, de los que pertenecieron a las generaciones que nos precedieron, de los que fueron nuestros maestros o maestros de nuestros maestros y que silenciosamente acumularon y transmitieron sus conocimientos y sus experiencias, haciendo posible nuestro actual adelanto. Sin una previa cultura médica nacional, sin la fundación de muchas instituciones que hoy florecen y ofrecen sus más preciados frutos, no se hubiera llegado al nivel cimero de que estamos tan orgullosos. Al importante rol que en nuestro desarrollo científico jugaron los médicos de la Armada Española, se dedica este artículo.

Durante casi dos centurias, Cuba fue el más bello florón de la corona española. Cuba sola bien vale un imperio, decía el abate Raynal en el siglo XVIII y la concepción de las oportunidades que ofrecía nuestra patria, fue motivo de que se enrolasen en la Armada con destino a Las Antillas, médicos de talento indiscutible que aquí se asentaron y desarrollaron lo mejor de su obra. Hombres de valía y laboriosidad innegables, que fundaron y crearon utilísimas instituciones, muchas de las cuales aun perduran como imperecedero monumento a su memoria.

Entre los más notables médicos

que vinieron como miembros de la Armada Española, se encuentra Francisco Xavier de Córdoba y Torrebejano (1739-1806), quien graduado en la Universidad de Santiago de Compostela, entró bien temprano en la Armada.

Estacionado en La Habana, Córdoba pronto observó que a los 69 años de fundada la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana, la anatomía se enseñaba teóricamente y no se había hecho una sola demostración en el cadáver. Impresionado por ese inconcebible atraso en la enseñanza, solicitó y obtuvo de la Sociedad Económica de Amigos del País, que se fundara una cátedra de anatomía práctica, brindándose para regentearla. Inicia con ello una brillante página en la historia de la enseñanza de la medicina en nuestro país, ya que como nos dice Cowley en su "Historia de la Facultad de Medicina", el enseñar teóricamente la anatomía, era un absurdo inconcebible, que obligaba a compadecer a los profesores que la enseñaron y mucho más a los desgraciados alumnos que asistían a unas lecciones tan indispensables y que explicadas teóricamente eran punto menos de inútiles.

Obtenida su jubilación en la Armada, Córdoba fue nombrado Médico Mayor del Hospital Militar de San Ambrosio y profesor de Anatomía y Cirugía en el mismo lugar.

El discurso de apertura, que en elogio del cirujano y para dar principio al curso teórico-práctico de Anatomía pronunciara el doctor Córdoba en 6 de abril de 1797, fue recogido en un folleto que es hoy una de las rarezas bibliográficas más valiosas en la historia de la medicina cubana.

Córdoba fue además vocal de la Junta de Sanidad, médico de los padres Bethlemitas y cirujano del Hospital de Caridad de San Francisco de Paula, casó con una cubana, María Josefa Maza y murió en La Habana el primer de no-

viembre de 1806, sin haber dejado de explicar un sólo curso en los nueve años en que desempeñó la cátedra que fundara.

Entre los más notables sucesores de Córdoba en la cátedra de Anatomía y Cirugía se encuentra otro médico de la Armada Española, Don Francisco de Paula y Alonso (1797-1845), que nació en el Puerto de Santa María y graduado del Real Colegio de Medicina y Cirugía de Cádiz, entró por oposición en la Armada con el grado de Primer Profesor de Medicina, arribando a Cuba a bordo de la corbeta "La Diamante" a mediados de 1823.

A petición del Intendente Ramírez fue trasladado al Apostadero de La Habana, para ser utilizado como director anatómico del Real Hospital Militar de San Ambrosio, del cual fue nombrado Cirujano Mayor en 1823 y Catedrático de Anatomía y Cirugía en 4 de mayo de 1826.

No se contentó el doctor Alonso con la sola explicación de sus lecciones, viendo el atraso en que se encontraba entre nosotros la Obstetricia y el horrible trato que a las mujeres daban las parteras, estableció por primera vez en Cuba, cátedra de obstetricia de manera científica, con demostraciones en el cadáver, lo que contribuyó de manera notable al adelanto de esta rama de la medicina en nuestro país.

No es sólo este papel de pionero de la enseñanza de la obstetricia lo que hace recordar el nombre del doctor Alonso con gratitud y admiración, pues a más de ser el autor del primer tratado de obstetricia que se publicara en Cuba, el doctor Alonso luchó denodadamente por el adelanto y bienestar del país, ya como miembro de la Sociedad Económica, ya tratando infructuosamente, en unión de Romay y otros médicos cubanos, de fundar la Academia de Ciencias, habiendo redactado y elevado al Rey, varios memoriales con tan loable objetivo.